

ignoraba que "el baile es antipático á las almas delicadas y puras."

El Rojo movía los piés que era un prodigio; sin embargo, su entrecejo tozudo, como buen aragonés, se empeñó en no desarrugarse en toda la tarde.

Terminado el baile, cada mochuelo regresó á su olivo.

El sol, aunque no es mochuelo, ni tiene, que yo sepa, donde recogerse, como que es un guapo chico, se escondió tras uno de los picachos que cercan el valle, temeroso sin duda de que le riñese su madre si continuaba *ganduteando por aquellos anduriales*. cuando los animales, que son los que nos dan ejemplo en todo, especialmente las gallinas, iban ya de retirada.

Respirábase un ambiente embalsamado, que hacia dilatar el pecho con un placer infinito. Un delicioso y casi imperceptible fresco se dejaba sentir.

Es la hora en que las mozas de Las Vegas, con el cántaro debajo del brazo, algunas en la cabeza y el botijo en la mano, se dirigen, cantando, á la fuente.

Rosa, que tanto por su carácter melancólico y tímido, cuanto por la severa educacion que habia recibido de su abuela, no gustaba del bullicio, solia ser de las últimas que iban por agua.

Empezaban ya á confundirse los objetos y á brillar estrellas en el firmamento.

Rosa con el cántaro en la cabeza, y mas fresca que la flor de su nombre, se dirigia, como de costumbre, á la fuente.

Colocó su cántaro debajo de la teja que servia de caño, y aguardó que se llenase. Con el ruido que hacia el chorro de agua al caer en el cántaro, no oyó unas pisadas á su espalda.

De repente dió un chillido de aquellos que solo saben dar las mujeres, y acercándose á un hombre, del que el miedo la habia hecho apartarse, dijo:

—¡Ay que susto me has dado!

Era el mismo Agustin en persona, que la habia seguido, y la saludó con una zarpada de agua.

—Vamos, Rosa, que el agua no rompe costillas.

—Sí, ¿pero y el susto? ¿quién se habia de figurar que estabas aquí?

—Solo por estar contigo se puede ir aunque sea á Ceuta.

Repuesta Rosa de su sorpresa, empezó á latirle el corazón con tal violencia, que parecia quererle saltar del pecho. No es extraño: era la primera vez que el Rojo la salia al encuentro.

El cántaro estaca lleno, y era preciso evitar á toda costa el estar á solas con un hombre, y mucho menos con Agustin. Quiso colocarlo en su cabeza, pero éste no la dió tiempo y lo tomó él.

—Agustin, vamos, no enredes, que me estaré esperando mi abuela.

—Calla, tonta, ya lo llevaré yo hasta la entrada del pueblo.

—¿Y si nos ven?

—Y á tí ¿qué te importa? ¿Eres la primera á quien llevan el cántaro?

—No; pero....

—Los peros no maduran.

—Trae, Agustín, trae, no sea que venga alguno.

—Mira, déjate de cuentos y hablemos de otra cosa, que para eso no he venido yo.

—¿De qué quieres que hablemos? dijo ella, tiñéndose al mismo tiempo sus mejillas de azucena y rosa del color del ababol mas subido, lo que observaba no sin gran placer el Rojo, gracias á la luna que se asomó por detrás de una nubecilla para ver pasar sin duda á aquel lucero de Las Vegas.

—Toma! ¿Que de qué habíamos de hablar? Ya lo podías haber adivinado.

Rosa temblaba de emocion y al mismo tiempo de miedo, no les descubriesen. Sin embargo, aunque adivinaba á qué terreno queria llevar su acompañante la conversacion, no dijo esta boca es mia.

—¡Bah! chica, puesto que te empeñas, dijo Agustín impaciente, te habré de cantar claro. Pues, sábetete que te quiero mas que á mi padre y á mi madre y á todos los nacidos y por nacer juntos. Con que, ya lo sabes, ¿quieres unir tu suerte á la mia.

La nieta de la tia Catalina se ahogaba de felicidad. Mucho habia soñado con Agustín; pero de un sueño á lo real, á una cosa que si no se toca se oye, hay una inmensa distancia. Apenas queria dar crédito á lo que estaba oyendo; sin embargo, era cierto, indudable. Sus ojos la decían que aquel que tenia delante era el mismo Agustín con quien habia soñado. Sus oídos dieron entrada en su alma á aquellas dulces palabras: “¿Quieres unir tu suerte á la mia?” que aun reso-

naban en su corazón. Rosa, la tímida y recatada Rosa, contenía los latidos de su pecho, las lágrimas que se agolpaban á sus ojos y los suspiros que semidejaban escapar sus labios haciendo esfuerzos infinitos; pero no fué dueña de dejar sin contestacion aquella pregunta, é involuntariamente pronunciaron sus labios un sí, que enloquecía de gozo á Agustín.

De repente, como si la remordiese la conciencia de lo que estaba pasando, le arrebató el cántaro y echó á correr diciendo:

—¡Me va á renegar (1) mi abuela por haber tardado tanto!

—Por Dios, Rosa, ¿qué te ha de renegar? ¡Si no nos hemos parado un minuto! y echó tras ella ávido de estar á su lado.

Caminaban á la par sin decirse una palabra, cuando al pasar por delante de un peiron (2) de la Virgen del Carmen, que hay á la entrada del pueblo, paróse de repente Rosa, y pegándose una palmada en la frente exclamó:

—Oye, Agustín, ¿no me engañas?

—¡Yo engañarte, Rosa mia!

—Pues ven y júrame, añadió ésta con exaltacion, que si tus padres, mi abuela y el mio quieren, serás mi marido.

Agustín se arrodilló delante de la Virgen, y formando una cruz con los dedos pulgares, dijo besándola á la vez:

(1) Por reñir.

(2) Llamán peirones en mi país á esos pilares colocados en la orilla de los caminos, donde en una capillita se venera pintada en ladrillo ó de bulto alguna sagrada imágen.

—Lo juro, Rosa; tú serás la madre de mis hijos. ¿Estás contenta?

—Sí: la Virgen hará le demás.

Acababan de ponerse de nuevo en camino, cuando oyeron el sonsonete de unos cabestros, al son del que venía uno cantando:

Papeles son papeles,  
cartas son cartas,  
palabras de mujeres  
todas son falsas.

Era Pedro, el compinche del Rojo, que andaba buscando sus caballerías soltadas á la dula por la mañana.

—¡Hola! parece que se anda de chicleos ¿eh?

—Pues ¿no he de hacer mas que seguir los consejos de los amigos?

—Me alegro, hombre, me alegro; que, como decia el otro, el hombre para la mujer, y la mujer para el hombre. Mira, acuérdate que quiero ser padrino.

—Chico, chico, tiempo queda para pensarlo.

—Bueno, bueno; quedamos en eso. Adios, que me voy á buscar la burra y el potro que aun no han acudido.

—Vé con Dios, buena pieza.

Aquí cada uno tomó por su lado, despues de los "adios" y "hasta mañana" correspondientes, y Rosilla regresó á su casa encendida como un clavel, pero mas contenta que si le hubiese caído el premio gordo.

## IV.

Era el primer domingo de abril, y á pesar de que en Las Vegas los árboles, los campos, los huertos, y en suma, todo empezaba á sonreírse y hasta los pájaros cantaban que era un gusto, por ver venir sin duda el buen tiempo, las pobres madres, las hermanas y las novias de los mozos de veinte años cumplidos, lloraban de amargura, sin que los encantos de la naturaleza fuesen suficientemente poderosos para hacer cambiar de rumbo su pensamiento y llevar la alegría á sus corazones.

Los padres y hermanos, si no lloraban, era porque, como allí dicen, el hombre no debe llorar nunca aunque se vea con las tripas fuera. Sin embargo, yo conozco algunos de los que tal dicen, que no han sido dueños en tal domingo, de contener una lágrima como una bellota, que á su pesar se descolgaba de sus ojos, teniendo que volver la cabeza para enjugarla, sin ser vistos, con el reverso de la mano.

—Pero ¿qué trae consigo de malo el primer domingo de abril, para que de ese modo se aflijan los sencillos y honrados vecinos de Las Vegas?

—¿Qué trae de malo? Mucho, amigo mio, mucho. Para los pueblos donde los vínculos de la familia son tan dulcemente estrechos como en Las Vegas, no hay dia mas doloroso. La madre que tiene un hijo en quien idolatra, *mas rico que las pesetas*, si ha cumplido los veinte, espera el tal

dia con una ansiedad mortal, pues en él han de robar ó dejar el hijo de sus entrañas; la hermana ve acercarse el momento de quedarse sin un hermano querido; el padre sin un pedazo de su alma y ayuda en sus trabajos; la novia sin el objeto de su amor; los mozos sin un compañero, y el pueblo todo sin alguno de sus habitantes.

—Dime, y ¿por qué ha de existir tan odiosa contribucion? ¿Hay una necesidad absoluta de ella? Y en caso de que así sea, ¿no podria hacerse menos sensible? Y ¿por qué solo los pobres han de contribuir con sus hijos, bastándoles á los ricos hacerlo con su dinero?

—Querido, un autor de cuentos, y de cuentos tan mal pergeñados como este, necesita quemar mucho aceite ilustrando su inteligencia antes de poder contestar á tus preguntas, antes de poder dilucidar y resolver cuestiones tan trascendentales.

Solo diré que podrá ser un mal necesario; pero que no por eso es menos desgarrador.

Pero volvamos al primer domingo de abril. La plaza de las Vegas, en donde está la sala del pueblo, estaba cuajada de gente. Los señores de justicia ocupaban sus sitios en la sala: el alguacil se hallaba ya en la ventana dispuesto á anunciar al pueblo el resultado del sorteo, con no mucho gusto de sus pulmones. La ansiedad se ve retratada en el semblante de todos los circunstantes, y sus ojos no se apartan un momento del alguacil, al que parece están contemplando con la boca abierta. Nadie diria sino que eran criminales aguardando su sentencia de vida ó muerte. El teniente alcalde da, por última vez, un buen

meneo á las ollas de las boletas. Un niño mete la mano y saca una, que el secretario vacia con su palillo, entregando el papelito al alcalde. Este lo lee en alta voz y lo enseña á todos para que se cercioren de su contenido.

—Número ocho . . . gritó el alguacil.

Un silencio sepulcral reinaba en la plaza; hasta las madres dieron tregua á sus suspiros para oir mejor. Fácil hubiera sido contar los latidos de sus atribulados pechos. Cada cual deseaba que el nombre de su hijo siguiese al citado número: ¡era el mas alto, no es extraño!

—Pedro Garfella y Aguirre, gritó de nuevo el alguacil. El amigo del Rojo tiró el pañuelo al aire, saltando y haciendo locuras de contento. Al mismo tiempo una mujer, ligera mas de lo que podia esperarse de su edad, se abalanzó á su Pedro, y llorando de alegría lo estrechaba contra sus entrañas y besaba á diestro y siniestro.

—Hijo mio de mi alma! . . . ¡bendita sea la mano que te ha sacao! Ya no te verá tu madre ir á servir al rey, ni se morirá de pena al verte marchar! Le hemos de mandar decir una misa á la Virgen porque te ha librado: ¿sí, hijo mio?

—Sí, madre, como V. guste.

Un murmullo sordo sucedió al silencio anterior, mientras Pedro y su madre charlaban por los codos y recibian las enhorabuenas de sus amigos.

Mas la cabeza del alguacil apareció de nuevo en la ventana. Restablecido el silencio, gritó: —Número uno.

Un frio glacial corria por las venas de los interesados. Las madres, derramando lágrimas que

las salian del alma, se tapaban los oídos con las manos para retardar algún tanto la noticia tremenda. Siempre el débil prefiere la incertidumbre á la realidad amarga.

—Agustín Monreal y Lozano, dijo el alguacil, y un grito desgarrador se oyó tras la esquina de la plaza. Sin ocuparse nadie de aquella manifestación de intensísimo dolor, el murmullo dejóse oír de nuevo; algunas mujeres se afanaban por hacer volver en sí, rociándola el rostro con agua y vinagre, á la desventurada madre del Rojo, á quien la fuerza del dolor la hizo perder el sentido al saber la suerte de su hijo. Agustín, con el corazón oprimido hasta impedirle casi respirar, aparentaba por el contrario una serenidad de la que estaba bien lejos, haciendo el loco con sus componeros, muestras de alegría exageradas para ser verdaderas: su pobre padre se retiraba cabizbajo conduciendo casi á rastra á su mujer, pero sin derramar una sola lágrima. Hay dolores tan intensos que, semejantes al sol abrasador de los desiertos africanos, secan los manantiales de los ojos.

El sorteo siguió su curso, pero la animación y el bullicio sucedieron al silencio anterior. El dolor y la incertidumbre habían desaparecido de todos los rostros; y es que en Las Vegas raro es el año que pidan más de un soldado, y el Rojo era notoriamente útil. Mas dicha alegría no era un insulto al pobre que había caído soldado; nada de eso. Aunque en Las Vegas saben prácticamente aquello de que la caridad bien ordenada empieza por uno mismo, no dejaba por eso de compadecer, en medio de su alegría, al desgra-

ciado Agustín. Esto y no otra cosa, querían decir aquellas exclamaciones que salían de todos los labios de vez en cuando.

—¡Pobre Agustín!

—¡La vida le va á costar á su madre!

—¡Ella, que no tenía más delirio que su hijo!

—¡Qué lástima, tan guapo, y que haya de plantarse la casaca de soldado!

Y otras por el estilo que sería prolijo enumerar.

Las mozas, sobre todo, le compadecían hasta haber hecho gustosas por él cualquier sacrificio, en lo cual había también su parte de egoísmo, pues les dolía verse en adelante privadas los domingos por la tarde del mejor y más guapo bailar del pueblo.

—¡Jesus, *maña* (1), y qué rabia me da (le decía una morena de ojos vivarachos y negros, con los brazos en jarras, á una amiga suya) que se lleven al Rojo! ¡*Mia* (2) tú si se podrían llevar á ese *renegao* de Garroso que es más feo que Picio, ó á Milhombres, ó al Tuerto!—Sin ocurrírsele á la ardiente defensora del Rojo, que estos tales estaban libres del servicio por sus defectos físicos.

Por una cuestecita que de la plaza conduce á casa de la tía Catalina, subían una anciana y otra mujer de menos edad, sirviendo de apoyo á la primera.

—¡Jesus, hija, y qué disgusto tan grande para mi pobre nieta, si es verdad lo que sospechamos!

(1) Por hermana.

(2) Por mira.

—Hoy saldremos de dudas, tía Catalina; es imposible que lleve su disimulo hasta ocultarnos su pena. ¡No merece esa suerte la pobre Rosa! ¡Ay, tía Catalina, qué cosa mas amarga que son las quintas!

—Mucha verdad es, Cucana, pero sin quintas ¿quién defendería al rey?

—A la reina querrá *usted* decir.

—Hija, en mi tiempo, siempre decíamos rey, y no reina, y á mi padre, que esté en gloria, le oí contar muchas veces que Dios ha criado á la mujer para obedecer, y al hombre para mandar, y así como á los calzones hace muy bien la vara de mando, sienta muy mal á las sayas; pero hoy todo ha cambiado: estos son otros tiempos.

Así continuaron en sabrosa plática las dos comadres, la tía Catalina dando una lección de derecho político á la Cucana, y pensando ésta para su capote, á pesar de que algunas insolentes canas relucían ya entre sus cabellos, que todo aquello era ya tan rancio como la tía Catalina, y que eso de que la mujer había de obedecer siempre, y el marido mandar, no era conforme; ideas que estaban en consonancia con sus obras, pues era fama en el pueblo que en casa de la Cucana *estaba llevando los calzones*.

En cambio, Rosa, que ni era del siglo pasado como su abuela, ni tenía insolentes canas como la Cucana, dejó que su corazón dominase por completo á su cabeza, y sin ocuparse de quién debía mandar, ella ó Agustín, lloraba á lágrima viva la desgracia de su infeliz amante. No tuvo suficiente valor para presenciar como su abuelita, el sorteo; pero muerta la ansiedad é in-

certidumbre, escuchó tras una esquina que la ocultaba á las miradas del pueblo reunido en la plaza, el terrible número 1 y el nombre que le hizo exhalar aquel grito de dolor. Desalentada, loca, sin saber lo que le pasaba, corrió á encerrarse en su casa, donde regó con sus lágrimas el pavimento de su cuarto, y hubiere enternecido con sus suspiros á corazones menos duros que los de aquellas insensibles paredes.

Al ver la tía Catalina á su nieta con los ojos hinchados y enrojecidos de tanto llorar, adivinó inmediatamente la causa; pero quiso oírla por su misma boca.

No tardó en lograr lo que deseaba, pues la pobre Rosa, para quien hasta entonces no había tenido el mundo mas que sonrisas y encantos sencillos, no estaba acostumbrada á ahogar sus lágrimas, reteniendo en su pecho los dolorosos latidos de su corazón. Necesitaba compartir su pena, para lo cual era preciso revelar su secreto; así es que cuando vió entrar á su abuelita, corrió á su encuentro, y entre abrazos, lágrimas y suspiros, le contó su inclinación á Agustín, su entrevista con él en la acequia del molino, y su dolor al ver frustradas sus esperanzas, y concluyó pidiéndole perdón por no habérselo revelado antes.

La tía Catalina, que idolatraba á su nieta, por nada del mundo se hubiera opuesto al mas insignificante de sus caprichos; pero ante una infracción tan manifiesta de los principios que había tenido tanto cuidado de inculcarla, se sublevó el génio de los pasados siglos, personificado en la vetusta anciana, y no pudo menos que exclamar:

—¡Así sois todas las jóvenes de hoy día! Cometeis el pecado, y al sufrir la pena consiguiente os desesperais! . . . ¿No te tengo dicho un millon de veces que á las mozas les está prohibido el hablar con los hombres, en especial con los mozos? ¿Cómo te has atrevido á pecar de ese modo, sin temor de Dios, hablando á solas y de noche con un hombre? Si queria casarse contigo, ¿por qué no vino á decírnoslo á mí ó á tu padre? ¿Crees tú que nosotros nos hubiéramos opuesto siendo gusto tuyo? ¡Jesus! . . . ¡Jesus! . . . No lo creyera de tí . . . Dios te ha castigado haciéndole ir á servir al rey . . . ¡Justos juicios de Dios!

La pobre Rosa creia estar soñando. Ere el primer reproche que recibia de su abuela, bien que nunca hasta entonces la habia desobedecido, Para ella el razonamiento de la tia Catalina, no tenia réplica. Habia ofendido á Dios, y era justamente castigada: ella era, pues, la causa de la suerte de Agustin. Nuevo dolor que añadir al que ya le destrozaba el alma. Buscaba alivio y agravó su mal.

La tia Catalina, contrariando su bondad natural en gracia de la rigidez que se habia impuesto al ver lo torcidas que en su opinion, andaban todas las cosas, añadió levantándose, sin querer escuchar las excusas con que la pobre Rosa pretendia en vano justificar su conducta:

—¡Vamos, déjate de gemiquear, y cuidado con que me vuelvas á nombrar siquiera á ese libertino! . . .

Y salió refunfuñando:

—¡Qué tiempos, Señor, qué tiempos! . . . ¡Yo

que no hablé con mi difunto, que esté en gloria, hasta despues de ser mi marido! . . .

## V.

Pasó abril con sus mañanitas frescas, y mayo con sus flores; eran los últimos dias de junio, la víspera de san Pedro, por cierto.

Hizo un dia hermosísimo.

En Las Vegas, como en casi todas las aldeas, durante las horas de trabajo no se oyó una mosca; pero, al anochecer, al silencio sucede la animacion. Las solitarias calles se pueblan de hombres y mujeres, y aun mas de animales de todas clases; y un murmullo que no deja de tener su poesía y canto para los corazones sencillos, compuesto de cien ruidos diferentes, es el saludo con que el labrador despide al dia que se aleja con sentimiento, pero no sin decir antes: “Hasta mañana.”

Los pares de labranza arrastrando el timon del arado sujeto por la reja al yugo; el jornalero con su azadon al hombro, aquel con su haz de verde para sus caballerías, éste tras un borriquillo cargado de leña; las esquilas de los ganados que descienden de las colinas; las cabras que retozan en las puertas de sus casas saboreando la sal que les presenta en la mano la solícita dueña; el valido de las ovejas, los saludos de los transeuntes, y las animadas conversaciones sobre la cosecha entre los que vuelven del campo y los que no han salido de la aldea; el mugido de los bueyes, y sobre estos ruidos, sobre estos campestres grupos,